

Reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico

Nicolás Aliano, Soledad Balerdi, Julia Hang y Nicolás Herrera

Introducción

Partiendo de cuatro experiencias etnográficas particulares¹, este capítulo se propone abordar la relación entre reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico. A través del análisis de diferentes situaciones de interacción que tuvieron lugar en distintas etapas de nuestros trabajos de campo, problematizamos algunos rasgos del proceso en el cual investigadores e interlocutores nos asignamos y negociamos diversos roles de manera dinámica durante dicho trabajo.

Buscaremos mostrar que el ejercicio reflexivo sobre distintas situaciones de interacción con nuestros interlocutores (que en ocasiones podemos percibir como errores o traspies) nos permite comprender algo de nuestros campos: lejos de ser “un obstáculo, una distracción o una pérdida de tiempo” (Guber, 2014, p. 29), esas situaciones incómodas o problemáticas nos dejan ver los sentidos que se construyen en el interjuego entre la reflexividad del investigador y la de los sujetos con quienes nos relacionamos en el campo.

A partir del análisis de situaciones de interacción con diversos “otros” (fans de música, afrodescendientes, deportistas y militantes de organizaciones populares) el capítulo se articula en torno a dos ejes problemáticos: el

¹ Las cuatro experiencias etnográficas surgen de nuestras propias investigaciones individuales. Por lo tanto, si bien el artículo fue escrito en conjunto utilizando la primera persona del plural, en los casos específicos de cada campo la reflexión está presentada en primera persona del singular.

primero referido a las *expectativas* que provoca la presencia del investigador en el campo y cómo posicionarse frente a ellas, y el segundo, enfocado en los *desafíos* que genera la búsqueda de “familiarización/desfamiliarización” con las prácticas y sentidos de “nuestros nativos”. Estos dos ejes y las escenas en ellos analizadas, nos permitirán iluminar el *carácter procesual* de un trabajo de campo etnográfico en el cual las distintas etapas atravesadas habilitan y demandan una serie de roles diferenciales y su consiguiente renegociación.

Antes de introducirnos en el análisis de ambos ejes es necesario aclarar que entendemos que estos roles son construidos en el campo a partir de las propias características con las que el investigador se inserta en él como sujeto situado (por el género, la clase, la generación, etc.), lo cual condiciona las relaciones que establece con sus interlocutores.² Sin embargo estos roles no son estables y se van redefiniendo a lo largo del trabajo de campo. En este proceso dinámico, la reflexividad opera como una herramienta analítica central que nos permite convertir ciertas tensiones del campo –como las generadas entre las expectativas y representaciones recíprocas entre interlocutores e investigadores, o las producidas en los intentos por acercarnos y/o distanciarnos del mundo de prácticas y valores de los sujetos con quienes investigamos– en datos etnográficos verdaderamente sensibles a la perspectiva del actor.

Sobre las *expectativas* que genera el investigador en campo y cómo posicionarse frente a ellas

Como señala Guber (2009) los primeros roles que los informantes asignan al investigador durante el trabajo de campo no recorren un círculo arbitrario sino que siguen la experiencia de los sujetos, sus marcos interpretativos y su sentido común. En tal sentido entendemos que reconstruir este proceso de asignación y negociación de roles permite comprender dimensiones centrales del marco de sentidos desde el cual los actores nos hablan y en el cual inscriben sus prácticas (Frederic, 1998).

² Además, como sostiene Guber en este libro, la reflexividad no sólo contempla la persona del investigador (su raza, su género y otros aspectos), sino que también “contempla el campo, la perspectiva teórica y la elaboración del texto”. En este sentido, entendemos que *la reflexividad no corresponde a una instancia o momento del trabajo de campo, pero tampoco corresponde exclusivamente al trabajo de campo en sí mismo, sino que ocupa un lugar importante a lo largo de todo el proceso de investigación* (como se vio en el capítulo precedente y se verá en el próximo).

Así, preguntarnos ¿qué ven cuando nos ven? no solo implica llevar a cabo un ejercicio de reflexividad metodológica (Bourdieu, 2003; Bourdieu y Wuaquant, 2008) sino que permite, centralmente, acceder a la reflexividad nativa siguiendo la *trama de expectativas que el investigador ha generado* durante su trabajo etnográfico (Guber, 2009). Buscando problematizar este proceso, a continuación presentamos dos ejemplos extraídos de nuestras propias notas de campo referidas (en el primer caso) a la presentación que como investigadores hemos hecho al momento de *ingresar* a un campo determinado, y (en el segundo) al proceso interactivo de negociación y redefinición de roles *durante* el trabajo de campo.

Escena 1. El ingreso al campo, el periodista y la construcción moral del fan³

En línea con otras etnografías contemporáneas (Auyero, 2001; Garriga Zucal, 2012), en mi ingreso al campo atravesé un sistemático equívoco en relación al rol que los “informantes” me asignaban. A pesar de mis repetidas aclaraciones, yo, el sociólogo devenido “etnógrafo urbano” dispuesto a estudiar la configuración identitaria de jóvenes de sectores populares que se reclaman “fanáticos” de un artista de rock, pasaba a ser considerado automáticamente como un “periodista”. En términos generales, Auyero y Grimson (1997) han encontrado en este equívoco el índice de una *relación instrumental* que el mundo popular busca tener con los medios de comunicación, desde la cual diversos actores buscan visibilizarse y visibilizar sus demandas en la esfera pública. Frente al “periodista” los actores reconocen “un interlocutor que es un canal directo hacia el ámbito público” (1997, p. 8). En este sentido, si la identificación del lugar de “sociólogo” o “antropólogo” con la del “periodista” ya ha sido referida por otras etnografías en sectores populares –y la confusión dista de ser una singularidad de mi caso–, cabe pensar a su vez que ella visibiliza sentidos específicos de mis informantes en relación con ciertos “usos del periodista” que se ponen en acto si contemplamos “qué somos” nosotros para ellos. En este acceso inicial al campo cabía preguntarse entonces, ¿de qué aspecto específico del universo social indagado

³ La siguiente experiencia de campo responde a la investigación que sustenta la tesis doctoral, titulada “Música, afición y subjetividad entre seguidores del Indio Solari. Un estudio sobre procesos de individuación en sectores populares” (Aliano, 2015).

me informaba esa identificación que los actores realizaban con el periodista? En otros términos, ¿qué tipo de “dato” construía ese equívoco? (Auyero y Grimson, 1997).

El acceso al campo desde el “recital masivo” como evento etnografiable implica un desafío a la observación participante. Esta “escena”, desde el punto de vista de la observación, constituye un enmarañado curso de interacciones y secuencias de situaciones que se encadenan desde el contexto de la “previa” hasta el momento mismo del show. En este sentido una de las estrategias de acceso al campo para “asir” este abigarrado flujo de acciones, fue el intento de iniciar conversaciones con algunos fans que realizaban y exhibían sus “banderas” o “trapos”. En este contexto, ante la interpelación sobre los motivos para realizar la bandera, la identificación con el “periodista” resultaba instantánea: “¿sos periodista?”, “¿de qué medio?”, “¿para qué revista?”, “¿dónde se va a publicar esto?”. Y lo que todas esas preguntas activaban era un discurso que tenía el siguiente esquema prototípico:

- ¿Por qué la hicieron así, con esa frase, con cada dibujo, en particular?
- En sí porque representa lo que vivimos cada uno, es lo que vos vas viendo en recitales. Uno mismo va mirando banderas ajenas, y vas rescatando algo de cada cosa o de lo que vivís, y por ahí eso te da una manera de explicarse las cosas que vos... vas aprendiendo, y esto, vos acumulas, y te salen las cosas, que sé yo... Es la verdad, es así... es un sentimiento, no se explica. Eso sale de lo que se vive a cada momento. Pero no sé vos, que andás por todos lados grabando a la gente, ¿te dan las mismas explicaciones?

Yo pretendía obtener –y *esperaba* escuchar– un *discurso narrativizado* de los modos de hacer la bandera: su “historia”, sus peripecias, su relación con la música y la identidad individual o grupal de sus hacedores, de sus trayectorias, de sus motivaciones, de sus anhelos y angustias. Y si bien todo ello aparecía, lo que encontraba, sobre todo, era un discurso estereotipado de la pasión. Más allá de los “contenidos” de cada historia –que giraban en torno a unos pocos motivos como “representar el barrio” o al “grupo de amigos”– lo que habilitaba ese lugar del periodista, antes que nada, era un discurso *escenificado de la pasión*: “*esto no se explica, esto se siente*”. Una “escenificación” de la identidad del fan. Porque estos fans se creen o se saben objeto

de noticia; entonces lo que había que mostrar al periodista, era la *pasión* y el *esfuerzo*. En consecuencia: ¿era eso lo que los fans eran? ¿Especie de autómatas sentimentales y prerreflexivos que repetían, caso tras caso, que para eso no había explicación y solo había el sentimiento? ¿O eso era lo que querían que yo mostrara? ¿O sería “lo mostrable a un periodista” de acuerdo con las *expectativas* que depositaban en esa figura social?⁴

La sensación era que me manejaba en un terreno demasiado superficial: que lo que me estaban presentando no era *lo que ellos hacían con la música* sino lo que *ellos querían que se mostrara de lo que hacían con la música*. Y que entre eso que “ellos me mostraban de su rol de fan” y su “rol de fan” la relación era mediada, y en todo caso no era (y no podía serlo) transparente. Sin embargo *algo* de lo que en sus sentidos prácticos “ellos eran” se ponía en juego durante esa presentación de la persona. Porque como sugieren Auyero y Grimson “al hablarnos *desde* ese sentido, también –si sabemos escuchar– nos hablan *de él*” (1997, p. 12).

¿Pero qué tipo de “dato” era ese que construía a partir de considerar la reflexividad de los actores? Se trataba de una presentación de la persona que, en todo caso, trascendía el esquema narrativizado que yo pretendía encontrar y –“epistemocéntricamente” – forzar. En cambio la situación daba lugar a una escena en la que se ponía en acto performativamente (con la gestualidad, la entonación y las expectativas de que “el periodista lo grave”) una presentación *moral* de la persona. Una conexión específica –*desde el cuerpo* y en una *situación “extraordinaria”*– entre moral, identidad y búsqueda de reconocimiento (por la dedicación conferida, por el esfuerzo depositado) de un modo parcialmente captado en expresiones como “esta bandera me explica”, “explica lo que soy”, “necesitamos ser escuchados”. En este sentido, como señalan Auyero y Grimson:

⁴ Con relación a este punto Auyero y Grimson (1997) reflexionan:

¿Estoy escuchando sus opiniones, sus pensamientos o lo que ellos quieren que yo diga en algún medio de comunicación, una suerte de presentación de su persona frente al público mediático? Como bien nos enseñara Goffman hace ya algunos años, lo que creen y opinan no está tan divorciado [como pareciera a primera vista] de la manera en que diseñan estrategias para presentar públicamente sus creencias y opiniones. En otras palabras, lo que nos dicen, la manera en que intencionalmente construyen una narrativa pública, guarda alguna relación con sus percepciones y creencias. Sin embargo, tomar lo que dicen [y, sobre todo, lo que “nos” dicen] como lo que piensan constituye un serio error epistemológico (p. 2-3).

En la medida en que los actores identifican al etnógrafo con el periodista es probable que tiendan a desarrollar los discursos que desean que alcancen el ámbito público, buscando desarrollar argumentaciones que demuestren la particularidad de su situación y la necesidad de ayuda, su situación de desprotección, etcétera. (Auyero y Grimson, 1997, p. 8).

En mi caso sucedía algo similar a lo observado por los autores. Se trataba de algo que brotaba siempre y cuando un sujeto, a la sazón devenido “informante”, se encontraba con otro sujeto (yo mismo) con un grabador en mano: “activaba” un discurso que quería que apareciera en los medios de comunicación; una “presentación pública” que se deseaba que los demás advirtieran que ellos encarnaban. Pero esa presentación, en este caso, no era tanto una narrativa de la “necesidad de ayuda” o de la visibilización de una “demanda colectiva”, sino de *la exposición de una dimensión de la moralidad del grupo que se juzga digna de exhibición*: la ética del esfuerzo y la pasión, la voluntad de expresión de una “diferencia” y de su reconocimiento público, un deseo de afirmación pública de sí. Lo que ocurría era un modo de implicación personal con el objeto de afición, una vinculación que tal vez no habría podido reconstruir discursivamente pero que se me aparecía con toda la fuerza bajo la forma *performativa* del discurso de la pasión (Hennion, 2012). Desde esta construcción moral que daba cuenta de una búsqueda *esforzada* de trascendencia personal y reconocimiento social, es que las banderas y sus fans “se presentan”.

En suma, ¿de qué nos habla esta escena de ingreso al campo? En la situación referida el *rol atribuido* “de periodista” contribuyó, a la vez, a dar cuenta de una *dimensión moral específica del sentido práctico de mis informantes* y a visibilizar *mi actitud “epistemocéntrica”*, esa tendencia intelectualista del investigador que construye el mundo social desde una mirada teórica, un “ojo contemplativo” (Bourdieu y Wacquant, 2008), como si fuera un espectáculo y no desde la lógica práctica de los actores. Adquirir cierta reflexividad sobre los efectos de este “ojo contemplativo” me permitió advertir que en la “pobreza narrativa” que juzgaba encontrar en las “historias de banderas” se hallaba el signo de mi epistemocentrismo, antes que la carencia de sentidos nativos.

La presentación teatralizada (centralmente mediada por el cuerpo, la gestualidad y la acción, y muchas veces realizada en estados de alteración o arrebato provocados por el uso de drogas o alcohol) me indicaba una conexión

específica entre *moral, afición e identidad*, que no podía ser recuperada desde mi angosta idea inicial de “reconstrucción narrativa” de la experiencia, y a la vez visibilizaba mi tendencia al verbalcentrismo (Semán, 2011) en la construcción del “dato” etnográfico. De modo que el atender al juego entre las expectativas que generaba la figura que yo *encarnaba* en mi rol de periodista y las expectativas que yo *depositaba* en mis informantes, me permitió comenzar a construir un aspecto del *sentido práctico* que articulaba la moralidad del grupo: el vínculo entre *música, afición y búsqueda de reconocimiento*. Pero solo el comenzar a tener reflexividad sobre los efectos de la presencia propia en el campo (y los supuestos que mantenía en ella), me permitió comenzar a construir como “dato”, durante todo ese recorrido, la *relación* con mis informantes en campo.

Llegados a este punto cabe preguntarse: ¿Cómo se *redefine* esta relación entre expectativas esperadas y generadas una vez atravesada esta “presentación” en campo? Y a su vez, dicha redefinición de expectativas mutuas ¿asume la forma de un “ajuste” más o menos lineal en las múltiples relaciones de campo que se entablan? La escena siguiente permite problematizar estas dimensiones.

Escena 2: Sobre los cambios y diferencias que asumen los roles durante el trabajo de campo⁵

En el marco de una investigación doctoral que busca comprender la reproducción de fronteras étnicas en contextos festivos, decidí hacer parte de mi trabajo de campo siguiendo la participación de los miembros de una asociación que nuclea a los afrodescendientes en Argentina durante la Fiesta Provincial del Inmigrante. Allí, en buena medida, lo que me interesaba conocer eran los sentidos que estas personas otorgan al hecho de participar en una festividad que dramatiza ritualmente, año tras año, el relato mítico del crisol de razas (con toda su carga simbólica respecto al lugar del inmigrante europeo en tanto eje articulador de una matriz cultural que invisibiliza el aporte de otros colectivos étnicos).

⁵ La siguiente experiencia de campo responde a la investigación que sustenta mi tesis de maestría, titulada “La Fiesta Provincial del Inmigrante (Berisso, 1978-2015). Un ritual conmemorativo a través del cual la comunidad se imagina a sí misma” (Herrera, 2017).

Fue así que al acercarme hasta dicha asociación me encontré con un señor de aproximadamente 60 años, quien pintando los marcos de una de las puertas de entrada se presentó como José, me invitó a pasar y amablemente me preguntó quién era, qué necesitaba y si estaba buscando a alguien. Ante sus preguntas me presenté dando mi nombre, comenté que era sociólogo, docente de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), becario doctoral del CONICET y estaba realizando un trabajo sobre la Fiesta Provincial del Inmigrante donde me interesaba conocer algunos aspectos de la participación que allí realizaban los afrodescendientes. Mientras la primera mitad de mi presentación (referida al “quién soy”) pareció no importarle en absoluto o directamente molestarle (desvió su mirada, se enfocó nuevamente en el pincel, la pintura y la puerta sin hacer ningún comentario o exclamación que me permitiera sentir que para él yo estaba ahí) la segunda parte de ella (referida “al tema” de mi investigación) hizo que su postura cambiara completamente: regresó su mirada hacia mí, dejó el pincel junto a la lata de pintura, me ofreció una silla, pidió que lo esperara unos minutos mientras terminaba su tarea y dijo que luego me mostraría la sede del club mientras “charlamos de lo que quieras saber”.

En ese recorrido por la institución, José me contó que no era afrodescendiente, se había casado con una persona que sí lo era, sus hijos participaban activamente de la institución y me invitó a seguir yendo “al club” (sobre todo insistió para que fuera a las reuniones de la Comisión Directiva a charlar ahí con el resto de sus miembros). Además me comentó que ocasionalmente había sido secretario de actas en la entidad que organiza la Fiesta Provincial del Inmigrante, y se mostró totalmente dispuesto a contarme cómo había sido el proceso a través del cual la asociación de afrodescendientes había empezado a participar de la misma. Así, José aparecía como un informante clave para mis intereses de investigación y una puerta de acceso para establecer vínculos con el resto de los miembros de la institución.

Tal vez porque no le importó decirlo (ni a mí preguntarlo), en aquel primer encuentro José no hizo mención a qué se dedicaba: con el tiempo me contaría que –al igual que yo– era egresado de la Facultad de Humanidades de la UNLP y trabajaba como docente en algunas escuelas públicas. Sin dudas, otros aspectos de su vida quedaron por fuera de aquella charla inicial, pero aquel “silencio” sobre su profesión terminaría siendo importante para el vínculo entre ambos.

Semanas después decidí acercarme a las reuniones de la Comisión Directiva, como José me había sugerido. A medida que iban llegando sus miembros, José me los presentaba, mencionando mi nombre y diciendo que estaba interesado en conocer diversos aspectos sobre la participación de la colectividad en dicha festividad, sin mencionar dato alguno sobre mi formación académica ni mi rol docente. El hecho, otra vez y en aquel contexto, no me sorprendió. Sin embargo durante esa reunión de Comisión Directiva sucedió algo que comenzó a llamarme la atención: mientras los minutos pasaban y la reunión no comenzaba porque aún no había llegado uno de sus miembros, el resto de los presentes se referían a la persona ausente como “la doctora” de manera irónica. Mejor dicho, no se referían en malos términos hacia la persona sino que al decir “la doctora” el término era pronunciado con cierto desagrado, sorna y una postura corporal que simulaba altanería.

Pasada media hora “la doctora” llegó y se disculpó por la demora haciendo referencia a un inconveniente que había tenido “en el laboratorio”. Terminada la reunión aproveché el hecho de que aún no me había presentado ante ella, me acerqué para hacerlo y fue así que conocí a Graciela, quien yo suponía que era médica. Cuando al presentarme di mi nombre y mencioné qué era lo que motivaba mi presencia en el lugar, ella me preguntó –de manera distante y desinteresada– si yo era periodista y por qué quería hacer ese trabajo. Ante estas preguntas, puse en escena aquella primera parte de mi presentación que José había desdeñado: “soy sociólogo, docente de la UNLP, becario del CONICET, espacio para el cual estoy haciendo una investigación doctoral sobre... etc.” Esta presentación académica hizo que su postura inicial de desinterés/distancia mutara completamente en una exposición detallada y amable de su persona, en la cual me contó que ella era bioquímica y le había costado muchísimo hacer el doctorado. Así fue que, finalmente, Graciela me ofreció contar con ella para lo que necesite “saber sobre ese tema” ya que entendía “muy bien lo que es hacer una investigación doctoral”: Graciela no era médica, sino una bioquímica con título doctoral.

Con el correr de los encuentros y a medida que iba generando cierto vínculo con los miembros de la Comisión Directiva, José me comentó que el sábado siguiente ellos iban a estar limpiando el club porque lo habían alquilado para un evento. Me invitaba a ir ya que, si bien iban a estar trabajando,

existía la posibilidad de prestarme más atención que lo que pasaba durante las reuniones de la Comisión Directiva, al menos así lo entendía él.

Cuando ese sábado llegué al club encontré que muchas de las personas que había conocido en las reuniones de Comisión Directiva estaban ocupadas en distintas tareas, y decidí ayudar a José con las que él estaba realizando. Fue ahí que, molesto, me señaló: “viste, estamos todos laburando menos ‘la doctora’”. Graciela no estaba entre los presentes. Decidí simular que no sabía por qué le decían “la doctora” y directamente le pregunté si era por su profesión como médica, a lo cual José, riéndose, respondió que no: que era bioquímica y le decían así “porque ella está todo el tiempo tirándote el título de Doctora en la cara. Igual vos lo viste, no es que la llamamos así por atrás, se lo decimos en la cara. Y para colmo... ¡a ella le encanta que la tratemos de doctora!”.

Fue en ese momento cuando empecé a notar que algo pasaba respecto al lugar que dentro de ese grupo de personas tenía el hecho de ser (o no ser) académico, profesional, doctor. Instantáneamente José terminó de darme los elementos necesarios para entender lo que pasaba: su relato refirió a que entre los afrodescendientes pocos tenían estudios primarios completos, mientras que eran mucho menos los que habían terminado el secundario, menos aun los que habían accedido a la universidad y casi nulos los que la habían terminado. En esa progresión, tener un doctorado era claramente un diferencial sumamente significativo.

Pero ese no era todo el asunto, sino que el malestar de José hacia “la doctora” estaba referido a que “ante cualquier cosa que discutimos, ella te tira su doctorado en la cara”. El uso contextual de un diferencial profesional era lo que Graciela ponía a operar en diversas situaciones para –así lo entendía José– legitimar un argumento. Frente a esto, una sanción moral en torno a su “falta de humildad” era lo que José accionaba frente a Graciela, entendiendo que ella lo hacía para imponer una opinión o marcar distancia a partir del título académico. En ese momento, José cierra la charla contándome que él también era “profesional y de hecho docente” pero que jamás se le ocurriría “como a ‘la doctora’, hacer gala de eso o tirárselo en la cara a alguien para lo que sea”.

Pasaron las horas, cada uno fue avanzando en las tareas que había asumido y cerca de las 14hs interrumpieron sus trabajos para llevar a cabo un almuerzo al que fui invitado. A medida que la comida avanzaba –tal vez por-

que todos los presentes sabían quién era yo y qué hacía ahí– la charla estuvo referida a temáticas migratorias, el lugar de los afrodescendientes en la sociedad argentina y el racismo (en sus palabras) que existía sobre todo lo que pudiese entrar bajo la etiqueta de “negro” (afros, pobres, peronistas). En ese contexto sentí que lo que ellos esperaban de mí era que les brinde una opinión “profesional” sobre dichos temas: decían una frase y me miraban esperando ver si asentía o no, si prefería decir algo o continuaba comiendo. No era únicamente yo quien estaba “evaluando” la situación y a mis interlocutores (intentando registrar en mi memoria temas, posturas, argumentos, etc.), sino que ellos me estaban “evaluando” de una u otra manera. Fue así que decidí ponerme a hablar desde el lugar desde el cual entendí (tal vez erróneamente) que ellos me estaban pidiendo que lo hiciera: desde un supuesto saber legitimado sobre el tema, el del investigador profesional, docente con pretensiones doctorales.

Intentando reforzar mis argumentos comencé a dar datos sobre migraciones, informes sobre racismo en Argentina, referencias autorales, etc. Fue así que –mientras algunos de los presentes hicieron un silencio solo interrumpido por gestos de adhesión y otros desviaron su atención– José (sentado frente a mí) interrumpió su almuerzo, me miró fijo, se disculpó ante el resto de los presentes y se retiró abruptamente.

En suma, ¿de qué nos habla esta segunda escena extraída de mis notas de campo? Si la reflexividad metodológica –al menos en Bourdieu (2003 y 2008)– exige una vigilancia epistemológica que no solo objective al sujeto de conocimiento sino también al sujeto cognoscente y la relación situada entre ambos, es claro que, pese a notar que en dicho campo existía un límite moral respecto a la “actitud poco humilde” de quienes utilizaban sus títulos académicos para legitimar su discurso y legitimarse a sí mismos, no tuve en cuenta que el rol de académico que yo había armado para justificar mi presencia en él estaba bajo la evaluación constante de mis interlocutores.

Así, solo el hecho de objetivar la propia posición en el universo de producción cultural (Bourdieu y Wacquant, 2008) es lo que me permitió comenzar a objetivar algunas dimensiones de la relación establecida con mis informantes. Relación que además –y acá radica buena parte de la productividad del ejercicio reflexivo de esta escena– *se constituía de manera diferencial con cada uno de ellos a partir de la tensión existente entre el rol que yo había*

elaborado para presentarme y los roles que ellos me asignaban durante el trabajo de campo.

Luego de que José se levantara intempestivamente del almuerzo, mirándome fijo, entendí por qué su mirada se había apartado de mí el día que nos conocimos: le molestaba el hecho de que yo justificara mi presencia y sostuviera mis argumentos a partir de la profesión, el título académico o el saber que pudiera tener. Con él, el hecho de que me posicionara en esos elementos del rol propuesto era, como mínimo, improductivo. De manera opuesta, en la relación con Graciela ese rol de sociólogo con pretensiones doctorales funcionaba perfectamente ya que ella era, ahí, quien “conocía perfectamente las dificultades de llevar a cabo una investigación doctoral”. Tal vez Graciela se mostró indiferente respecto “al tema” que yo buscaba comprender -o me trató de manera desinteresada, confundiéndome con un periodista- porque mi aspiración académica le permitía hablar sobre sus logros profesionales.

En síntesis, creo que el vínculo entre un análisis sobre la propia posición en el campo y la comprensión de los sentidos que los actores le otorgan a ella (elaborado en este caso a partir de la pregunta por la asignación y negociación de roles) permite analizar situaciones de interacción que por suponerlas plagadas de “metidas de pata” podríamos dejar de abordar, desconociendo la lógica práctica de los actores y los datos que ella nos permite construir sobre el campo que estudiamos. Y si “los datos de campo no vienen de los hechos sino de la relación entre el investigador y los sujetos de estudio” (Guber, 2011, p. 4), declinar el análisis sobre esta relación nos llevaría inevitablemente, a limitar nuestras posibilidades de conocimiento.

Las escenas recuperadas hasta aquí iluminan la productividad del ejercicio reflexivo sobre las *expectativas* que nos atribuyen y depositamos en nuestros informantes, mostrando a la vez aspectos de su carácter relacional: este ejercicio se trata de un *proceso* que no es unívoco, lineal, o exento de dimensiones conflictivas. Se trata de un proceso que, como se desprende de la última escena, conforme se avanza en las interacciones en campo, asume formas diferenciales en las múltiples relaciones que entablamos.

En la próxima sección abordaremos otra de las dimensiones que asume la elaboración de un “rol” de investigador: la tensión que, en la “negociación de roles”, provoca la relación entre familiarización y desfamiliarización con nuestros informantes.

Sobre los desafíos que genera la búsqueda de “familiarización” / “desfamiliarización” como doble exigencia

En el marco del proceso de negociación de roles en campo, el investigador se enfrenta a una doble exigencia: por un lado, la búsqueda por ser aceptado, ser “socializado” en el universo de prácticas y sentidos de sus interlocutores, de recibir un “lugar en las redes sociales locales” (Lins Ribeiro, 1989, p. 197), y por el otro, de desmarcarse, de construir una distancia con esas prácticas y sentidos cuando le son familiares (Frederic, 1998, p. 89). Esta doble exigencia nos pone siempre ante múltiples desafíos.

Dentro de este proceso en el cual desplegamos diversas estrategias para familiarizarnos y/o desfamiliarizarnos, una de las inquietudes surge cuando nos preguntamos por el modo en que hacemos trabajo de campo cuando estamos insertos en el grupo en el cual estudiamos. La construcción del rol de investigador requiere la elaboración de una distancia epistemológica, cuestión nada sencilla, ya que se va estableciendo a partir de la negociación entre los roles de observador participante y participante con observación (Guber, 2011).

Esta tensión entre la distancia y la cercanía, o más específicamente, entre los modos en que como investigadores vamos recorriendo ambos polos, será elaborada a continuación tomando como referencia dos episodios de dos campos particulares. En primer lugar, se analizará la preocupación de una investigadora por construir una “distancia” analítica con el campo y ser percibida como tal por sus interlocutores. En la segunda escena, reflexionaremos sobre el caso de una “investigadora-nativa” y los modos en que ambos roles se van superponiendo a lo largo del trabajo de campo.

Escena 3: De extensionista a investigadora. Recorriendo la tensión entre familiaridad y distancia⁶

A partir del año 2011 ingresé como integrante de un proyecto de extensión universitaria a un barrio de la periferia de la ciudad de La Plata conformado por población *qom* proveniente de la provincia de Chaco. A mediados de 2014, el desarrollo de una obra hidráulica de ensanchamiento de un arroyo, sobre cuyos márgenes se asientan muchas de las viviendas del barrio,

⁶ La siguiente experiencia de campo forma parte de los avances de investigación doctoral y han sido parcialmente abordados en Balerdi (2017).

impulsó un conflicto entre sus habitantes, motivado centralmente por las relocalizaciones prevista en el proyecto de la obra.

Por entonces comenzaba mis primeros pasos en mi investigación doctoral sobre etnicidad y política en el barrio, y decidí llevar adelante mi trabajo de campo etnográfico sobre este conflicto. En este escenario complejo, en el que convergían habitantes del barrio, referentes, agentes universitarios, funcionarios públicos y dirigentes políticos, mi inserción se dio primero como “extensionista”, dado que el proyecto en el que participaba se involucró desde el comienzo en el reclamo que iniciaron los habitantes del barrio. Esto no me preocupó en principio, ya que me fue permitiendo participar de asambleas, reuniones de negociación, entrevistas con funcionarios, y muchas otras instancias de campo que, creía, hubiesen sido de difícil acceso de otra manera.

En este marco, comencé a involucrarme en diversas actividades, de la mano del dirigente de una organización con inserción en el territorio que, en articulación con los miembros del proyecto de extensión, comenzó a conducir el reclamo por las relocalizaciones. Con él participé de las asambleas en el barrio, de distintos recorridos con los vecinos para evaluar si un determinado terreno era adecuado según sus expectativas como destino para la relocalización, de reuniones mantenidas en la universidad, etc. Y fue él quien en este proceso me fue asignando distintas tareas, como la de registrar fotográficamente los recorridos o llevar la lista de los vecinos presentes en las asambleas. Con él, mi lugar en el campo era el de “la chica de la universidad que está participando del reclamo con nosotros”, pero no “la chica de la universidad que *además* está escribiendo sobre nosotros”.

Con el correr de los meses, el conflicto se fue intensificando y la participación del proyecto de extensión en él también. En ese contexto, empecé a temer el quedar anclada ante mis interlocutores únicamente en el lugar de extensionista, y que eso me impidiera luego la posibilidad de realizar entrevistas con ellos. A pesar de que decía creer en que la participación en el proceso me brindaba una posición privilegiada para la etnografía, fui cayendo en la “preocupación naturalista del observador distante y neutral” (Frederic, 1998, p. 92), esperando el momento en que, pasado el conflicto, se me viera como una investigadora externa al mismo y pudiera llevar a cabo entrevistas con los actores, diferentes a las tantas conversaciones mantenidas con ellos durante el proceso.

Con esas preocupaciones, una tarde mientras recorríamos calles de tierra en su camioneta, encontré el momento para comentarle al dirigente de la organización que quería hacerle una entrevista. Yo esperaba que pudiera ser algo reactivo a ello, ya que en otra ocasión me había contado de “unos chicos de [la facultad de] trabajo social que habían hecho un trabajo con la organización para la universidad y después *se borraron*”. Dada mi participación extensionista en el conflicto, entendía que él no debía tener ese recelo para conmigo, pero como precaución, para aminorar una posible tensión, intenté plantearle la cuestión en el tono bromista en el que en muchas ocasiones nos hablábamos mutuamente. Así, le comenté que pronto iba a comenzar a escribir sobre el tema y luego agregué “¿cómo te ves con el grabador?”.

En lugar de reconocer el papel central que él tenía en el conflicto y lo mucho que una entrevista suya aportaría a mi investigación, mi pregunta sugería un “¿te vas a animar a hablar y que yo te grabe?” que lo posicionaba en el lugar del “sujeto (objeto) estudiado” y a mí en el de quien piensa, conceptualiza y escribe sobre eso.

Ante mi comentario, él sonrió y respondió: “sí, y escribí lo que quieras, total después le ponemos el nombre de todos”. Forcé de su parte la actitud que quería evitar: el recelo ante la posible utilización individual del proceso del que todos estábamos siendo parte para un provecho académico propio. Su respuesta, además, sugería que él, todos y no solo yo, también podían pensar, conceptualizar (y escribir sobre) lo que estábamos viviendo.

Afortunadamente la conversación prosiguió y la tensión se diluyó. Pero mi intención de desmarcarme de mi rol de extensionista y legitimar mi papel de investigadora en el campo había ocultado en el fondo esa “preocupación naturalista” que Sabina Frederic (1998) identificó en su trabajo de campo como tesista y como agente municipal. Como si el hecho de formar parte activa del campo imposibilitara en el fondo la construcción de conocimiento y se requiriera en cambio para ello la posición del “observador pleno” (Guber, 2009).

Ahora bien, esta conversación mantenida con el dirigente de la organización, así como tantas otras que también se pueden enmarcar dentro del proceso de negociación de roles en el trabajo de campo, si bien en el momento fue experimentada por mí como una “metida de pata”, también puede ser

productiva desde una mirada reflexiva que atienda a los roles que nuestros interlocutores nos asignan, los modos en que nos construyen, para conocer algo del universo en el que se configuran sus prácticas y discursos.

Así, este episodio me permitió luego comprender el marco de sentidos puesto a jugar en muchas ocasiones por el dirigente de la organización, que otorga un valor moral a la militancia política asociada al desinterés personal, en oposición a la concepción amoral del investigador que se aprovecha de una experiencia de “todos” para escribir algo que llevará luego solo “su nombre”. En ese planteo se reafirmaba el valor particular que para él tenía su rol como dirigente de la organización, y como actor clave en el reclamo por las relocalizaciones.

También hacer uso de la reflexividad metodológica sobre este episodio me permitió comprender la dimensión del conflicto que se expresaba en esta negociación de roles.⁷ Quién podía o no producir sentidos sobre el acontecimiento que vivíamos se tramaba en la tensión hacia mi adscripción a un proyecto de extensión que podía estar disputando con la organización, desde la óptica de su dirigente, la legitimidad en el territorio.

La importancia de la reflexividad sobre los encuentros y desencuentros en el proceso de negociación de roles –siempre constante y parcial– del trabajo de campo etnográfico, y en las intenciones allí tramadas por familiarizarse o distanciarse, radica en lo que ese proceso nos permite comprender del mundo de sentidos de nuestros interlocutores.

Esta escena abordó una modalidad específica de la búsqueda de distancia con el mundo social investigado y sus implicancias: la búsqueda –no libre de “pretensiones naturalistas”– de la investigadora de ser reconocida como tal por sus interlocutores. La escena siguiente recorrerá otra forma en que puede constituirse esta tensión entre familiarización y desfamiliarización: la de la búsqueda por parte de una “investigadora nativa” por elaborar una distancia epistemológica que le permita construir como “otros” a sus interlocutores.

⁷ En este sentido coincido con Victoria Gessaghi (2014) al afirmar que “el terreno puede ponerte nervioso y que -lejos de ser un contrato entre iguales- [es necesario] comprender el ‘campo como conflicto’. Dicho de otro modo, como una configuración de relaciones intersubjetivas que son negociadas constantemente, que no son simétricas (varían de acuerdo con las relaciones de género, de edad, de clase, etc.) y que cambian a lo largo del tiempo” (p. 162).

Escena 4. “Socióloga nativa”. Entre la superposición de roles y la búsqueda de distancia como exigencia para la desfamiliarización⁸

Durante el año 2011, como parte de mi tesina final de la licenciatura en sociología, llevé a cabo una investigación sobre nadadores master, donde me propuse describir y analizar los sentidos y las moralidades que se ponen en juego en torno a una práctica deportiva, y al mismo tiempo sociable, como es la natación “master” (competitiva y de adultos) en el Club Universitario de La Plata. La investigación me encontró representando un doble papel: por un lado, como analista del fenómeno estudiado, y por otro, como uno de los informantes miembro del grupo de nadadores investigado, ya que hacía varios años que participaba del equipo de natación. Este conocimiento y este “ser parte de mi propio objeto de estudio” supuso un enorme esfuerzo para tratar de distanciarme y reflexionar sobre algunas cuestiones (tales como el aprendizaje de una técnica corporal o las relaciones sociales al interior del equipo) que para mí estaban naturalizadas por haber sido nadadora gran parte de mi vida y haber formado parte del equipo durante mucho tiempo. No sin dificultades, y valiéndome de algunas estrategias de relativización, procuré transitar el camino de nadadora nativa a investigadora. Con miedo a que mi investigación generara rechazo o desconfianza entre mis compañeros, mis temores se disiparon una vez que les conté acerca de mi intención de estudiar a *los master*. Todos se mostraron felices, orgullosos de ser elegidos como tema de investigación, dispuestos a charlar conmigo y contarme sus experiencias.

Ya presentada como investigadora, me aboqué al trabajo de campo. En un primer momento, realicé observaciones participantes en competencias, eventos sociales, reuniones y entrenamientos. Las condiciones de la interacción fueron guiando el trabajo de campo y por la lógica del mismo y mi posición en él, la observación participante fue transformándose cada vez más en participación con observación. Conociendo de antemano que el objetivo del equipo es tratar de ganar las competencias, entendí que si iba a un torneo, además de observar tenía que competir, dado que, en función de los códigos nativos, eso le otorgaba un plus de legitimidad a mi presencia en el campo. Si iba a observar un entrenamiento, en algún momento me sentía en la obliga-

⁸ Algunas de estas reflexiones forman parte de un artículo más amplio sobre la práctica etnográfica en torno al deporte (véase Hang, 2015).

ción de tirarme a la piletta y nadar unos metros. Así, el acercamiento al objeto fue siempre bajo las reglas del campo, y al asumirme como investigadora terminé involucrándome y comprometiéndome cada vez más.

Ahora bien, pese a haber reflexionado largamente sobre mi rol en el campo, de poner en juego estrategias de distanciamiento y de leer etnografías donde otros investigadores dan cuenta de conflictos que han tenido en el trabajo de campo relacionados con la toma de distancia, el relativismo, la reflexividad, hubo momentos en los que la puesta entre paréntesis de mis preconcepciones y prejuicios me resultó imposible, generando así algunas situaciones de tensión sobre las que más adelante pude reflexionar.

Cuando comencé mi trabajo sobre “los master”, no tenía claro cuál sería mi objeto de investigación, sino que el mismo fue tomando forma a medida que iba llevando adelante la investigación. Así, durante los primeros meses, toda nota, información o publicación que encontraba sobre los master me parecía relevante. En ese contexto, conocí a Martín, un nadador de M. R. (un equipo de natación master de la ciudad de Buenos Aires), sociólogo, quien se fue convirtiendo en un informante clave, a la vez que en un interlocutor privilegiado de mi trabajo. Martín es un apasionado de la natación y, como sociólogo, mi trabajo le parecía fascinante, por lo que fuimos forjando una relación cada vez más cercana e intensa. Durante un par de meses mantuvimos largas conversaciones sobre los *master*, la sociología, mi tesis, su tesis, etc., hasta que un día me invitó a participar junto a sus compañeros de equipo de una competencia denominada “Las 24 horas de la YMCA”. Martín me comentó que les faltaba una mujer para completar uno de los equipos, y que había pensado en mí para que cubriera ese lugar. La carrera consistía en que durante 24 horas, cada equipo, formado por 12 nadadores, intentaría cubrir la mayor distancia posible. Cada nadador realizaría cuatro pasadas de media hora cada una, separadas por seis horas de descanso. En principio, la propuesta me pareció una locura. Primero, porque consideraba que no había estado entrenando lo suficiente y que no estaba en condiciones de participar de una prueba tan exigente, y segundo, porque tenía miedo de decepcionar a mis compañeros de equipo.

Deseando que me dijera que no, le pregunté a mi entrenador si le parecía que estaba en condiciones de participar de la prueba. Él, sin dudar, me respondió que por supuesto que sí, y agregó: “si sos nadadora, ¿cómo no

vas a poder nadar media hora seguida?”. Él representa para mí la palabra autorizada en los saberes referentes a la natación, de modo que la seguridad en su respuesta fue el empujón que necesitaba para terminar de decidirme. Yo creía que debía ir, no solo por la buena predisposición que Martín había tenido para con mi investigación, sino porque me parecía una buena ocasión para conocer un poco sobre otros nadadores master, lo que me ayudaría a descentrarme y, a través de la comparación, comenzar a detectar algunas especificidades sobre la natación master.

Una vez tomada la decisión de participar, intensifiqué mis entrenamientos durante unas semanas y, aunque no estaba conforme con mi rendimiento, ya no había mucho que pudiera hacer para mejorar. Cuando llegó la fecha de la competencia, armé mi bolso, me tomé el micro a Buenos Aires, y llegué a la pileta. Allí me recibió Martín con un abrazo, agradeciéndome por formar parte de la competencia. Me presentó a Pablo, un muchacho de unos 40 años, entrenador de M.R, a quien pensaba entrevistar una vez finalizada la competencia. Yo me sentía nerviosa y presionada por participar con gente que no conocía y temía no estar a la altura de las expectativas de mis compañeros de equipo. Le agradecí a Pablo por haberme invitado, y añadí, sin pensarlo: “Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Pablo, quien además de entrenar al equipo es nadador, me preguntó entonces cuántos metros nadaba en media hora. Yo le respondí que más o menos 1.800 metros. Entonces me miró a los ojos, y muy seriamente me dijo: “es más de lo que nado yo”. Inmediatamente los dos callamos y la conversación terminó ahí. Pablo se puso a conversar con otros nadadores. Sentí que había metido la pata. Si yo pensaba que era *malísima*, que nadaba 1.800 metros en media hora, él, que nadaba menos y además era varón, era mucho peor nadador que yo. Lo había insultado a él como nadador, y a la mayoría de sus alumnos, que tampoco eran capaces de nadar esa distancia. Además, creía que había herido su masculinidad, ya que existe una representación generalizada en la natación acerca de que los varones son más veloces que las mujeres. Si bien a lo largo de la competencia se mostró muy amable conmigo y agradecido por haber participado con ellos, yo seguía con una sensación de incomodidad, por lo que, angustiada, le planteé la situación a Martín, a quien mi “metida de pata” le resultó sumamente graciosa, y me decía que no me preocupara, que ellos realmente estaban agradecidos de que yo hubiera ido a participar. Sin embargo yo no

podía evitar sentirme muy mal, y seguía creyendo que todos pensaban que era una “agrandada”.

La competencia me resultó durísima, pero a pesar del agotamiento, logré mantener un ritmo constante de nado, principalmente porque no quería decepcionar a mis compañeros. El evento, que había comenzado el viernes a las 18:00 horas, finalizaba el sábado a esa misma hora. A medida que se iba acercando el final, los nadadores de todos los equipos alentaban a sus compañeros que estaban nadando, cantaban, y se iba creando un clima cada vez más festivo. Finalmente, a las 18 horas, sonó una chicharra. Todos los nadadores se felicitaban entre sí, nuestro equipo había logrado el sexto puesto entre 24 equipos, y Pablo, a quien lo vi muy emocionado, se acercó nuevamente a felicitarme y agradecerme.

Krotz (1994) sostiene que la pregunta antropológica es la pregunta por la igualdad en la diversidad y por la diversidad en la igualdad. Cuando hacemos etnografías en casa, dada la ausencia de distancia con el otro, muchas veces podemos cometer el error de pensar que los otros son iguales a nosotros y que van a pensar y entender el mundo de la misma manera que nosotros. En la situación anterior, vimos cómo a partir de un comentario mío acerca de ser una “malísima nadadora”, generé una situación de tensión con Pablo. Este incidente no implicó una ruptura de la relación etnográfica, y reflexionando un tiempo después, ni siquiera pienso que haya sido tan grave como yo lo sentí. Ahora bien, creo que volver la mirada sobre ese malentendido me permitió reflexionar sobre cuál era efectivamente mi posición en el campo. Quiero decir con esto que, si a mí me interesaba dar cuenta de las representaciones de los nadadores master acerca de la práctica, a partir de ese momento pude comprender y objetivar qué es lo que yo pensaba. Yo partía de una representación del ser “buena nadadora”, anclada en mi experiencia de “ex nadadora de élite”. De este modo, al comparar mi desempeño de ese momento con el de años anteriores, consideraba que no estaba en un buen momento, expresado en el “soy malísima”. Por otra parte, Pablo y la mayoría de sus nadadores, son personas que comenzaron a nadar siendo adultos, que tienen objetivos diferentes a los míos y a los de la mayoría de mis compañeros del club Universitario de La Plata, quienes también habían sido nadadores de élite. Esta cuestión me resultó interesante y sumamente productiva para comprender los sentidos de una de las clasificaciones nativas que estructura el campo de la natación master, aquella

que diferencia entre ex nadadores y nadadores novatos. En este sentido, cuando mi entrenador me dijo “por supuesto que podés, si sos nadadora”, estaba activando también esta clasificación. Mientras que en uno de los grupos, el de mis compañeros del Club, operaba tal clasificación –que a su vez sostenía que los hombres deben ser más veloces que las mujeres– en el de M.R. los valores movilizados por sus miembros eran otros, tales como la superación personal en la edad adulta, o el mero hecho de participar. Por lo que efectivamente se mostraban agradecidos de mi participación allí.

Si la etnografía es principalmente una relación personal con un otro, sería una ilusión pensar que en ella podemos deshacernos completamente de nuestros condicionamientos sociales (posiciones sociales de clase y género, políticas y académicas) y nuestras maneras de ver y sentir el mundo. En mi caso, mostré cómo los roles de investigadora y nadadora se superpusieron a lo largo del trabajo de campo, y se encontraban atravesados al mismo tiempo por mis emociones y afectos. Cuando le dije a Pablo que era “malísima”, lo hice desde mi lugar de nadadora, no de investigadora. A la vez que cuando accedí a participar de la competencia, entre los motivos que puse en consideración a la hora de decidirme, no solo se encontraba mi interés por la investigación, sino que desempeñó un papel fundamental la relación que había construido con Martín, uno de mis informantes de ese momento.

En ambas escenas, reponer esta superposición de roles (extensionista, nadadora, investigadoras) nos permite, en principio, discutir con la idea del investigador objetivo que está por fuera de la realidad social que investiga y que va al campo a “recolectar” sus datos. Como pudimos ver en ambos casos, a pesar de recorrer la tensión entre familiaridad y distancia inicialmente guiadas por una “preocupación naturalista” por erigirnos en observadoras neutrales, la reflexividad metodológica sobre esos procesos nos permitió ver que en las interacciones con los sujetos con quienes estudiamos vamos asumiendo, negociando y modificando roles, con mayores o menores grados de participación e involucramiento, y que es en ese tránsito donde se van construyendo los datos etnográficos de nuestra investigación. Otra vez aquí, entonces, hemos podido ver el modo en que, en distintas etapas del trabajo de campo, los roles que vamos asumiendo se van modificando en función de las relaciones personales que vamos estableciendo con nuestros interlocutores.

Conclusiones

Hemos abordado la relación entre *reflexividad* y *roles* en el trabajo de campo etnográfico a partir de dos dimensiones de análisis: las expectativas mutuas que investigador e interlocutores ponen en juego en el campo, y la tensión que el investigador experimenta entre familiarización-distanciamiento. En este sentido, esta propuesta de reflexión “de segundo grado” sobre la reflexividad en el trabajo de campo no tuvo como pretensión sistematizar una propedéutica rígida de dicho proceso (cuestión que conspira contra la concepción que aquí se asume del mismo), pero tampoco quiso reducirse a un relato impresionista de “anécdotas” que lleve a confundir la reflexividad con aquel narcisismo del investigador asiduamente esgrimido como instancia legitimante de un haber “estado allí”.

En la primera sección, a partir de las escenas presentadas advertimos que el ejercicio reflexivo sobre la dimensión de las “expectativas”, permite no solo visibilizar aspectos del sentido práctico de nuestros informantes, sino los marcos desde los cuales nosotros mismos buscamos entablar nuestras relaciones de campo, destacando la complejidad y multidimensionalidad del “dato” etnográfico (cuestión que ilumina la escena 1), así como la multiplicidad de las relaciones de campo que se entablan y que asumen configuraciones diferenciales de la relación entre *roles propuestos* y *atribuidos* (dimensión presentada a partir de la escena 2).

En la segunda sección, en las escenas 3 y 4, mostramos cómo la reflexividad sobre los procesos de negociación de roles en campo y, en ese marco, sobre la búsqueda de familiarización y/o desfamiliarización por parte del investigador, nos permitió comprender con mayor profundidad el universo de sentidos que nos proponíamos conocer. La reflexividad sobre las tensiones atravesadas durante dos investigaciones etnográficas particulares en la búsqueda por construir una distancia con el mundo social investigado nos permitió ver cómo lo que creemos que son errores o “metidas de pata” en el camino de construcción de los roles de campo, nos permite construir datos que dicen algo acerca del mundo de valores de los sujetos con quienes estudiamos.

A la luz de estas escenas, en suma, buscamos subrayar y dar cuenta de tres cuestiones. En *primer lugar*, que las negociaciones de roles con nuestros interlocutores son siempre dinámicas y van adquiriendo nuevas y diversas formas a lo largo del desarrollo de las interacciones en campo. No somos en

una primera interacción lo que somos en las últimas, ni con un interlocutor lo que somos con otro. Guber sostiene en este libro que “la etnografía nos cambia y ya no volveremos a ser como antes de partir”, lo que supone que el ejercicio de reflexividad es ante todo, un *proceso* –nunca un “momento” ni una “etapa” de un esclarecimiento progresivo– que se constituye en la definición, siempre zigzagueante, múltiple y situada, de estas relaciones, que indefectiblemente nos van *afectando* en nuestros modos de pensar, sentir y relacionarnos con los sujetos que vamos construyendo como *otros*.

En *segundo lugar*, que la percepción de algunas situaciones incómodas para el investigador como “metidas de pata” no solo nos permite construir datos etnográficos, sino que también supone reconocer la dimensión moral que existe en toda relación de campo. Inmersas en una economía moral del don-intercambio (Mauss, 2012), las relaciones de campo son siempre parte de un sistema de transmisión y devolución con nuestros interlocutores, en el que nos sentimos obligados a devolver el “don” que hemos recibido de su parte en la relación etnográfica.⁹ En tanto el don no devuelto pone en “posición de inferioridad a aquel que lo ha aceptado” (Mauss, 2012, p. 229), actuamos en muchas ocasiones guiados por un sentimiento de culpa que nos conduce a involucrarnos de diversas maneras en el campo. A través de las escenas recuperadas vimos algunos de estos modos de involucramiento, como la sensación de que estamos defraudando una expectativa ajena ante una obligación moral incumplida (al sentirnos culpables cuando en nuestro intento por ser reconocidos como investigadores, quedamos sin quererlo en el lugar del académico externo que no participa ni colabora del proceso que investiga), o el intento de compensar a nuestros interlocutores con lo que creemos puede ser un “contra-don” (al participar, por ejemplo, de una competencia a pesar de no desearlo, porque nos sentimos en deuda ante la “amabilidad” de nuestros interlocutores). Estos ejemplos, en suma, dan cuenta de este intercambio moral con nuestros interlocutores en campo (y al campo como el resultado de este intercambio moral).

En *tercer lugar*, un elemento central que vale la pena remarcar es que las relaciones de campo lejos de ser transparentes, asumen diversas formas de

⁹ Agradecemos esta observación a José Garriga Zucal, así como también su lectura crítica del borrador del capítulo.

opacidad entre investigador e interlocutores, configurándose siempre de maneras más o menos conflictivas. En efecto, reponer la idea del campo como intrínsecamente conflictivo nos permite estar atentos a la multiplicidad de relaciones y sentidos sociales que colaboran a dar cuenta de la heterogeneidad del mismo. Tensionando, a la vez, la seducción que las ideas de neutralidad y objetividad continúan ejerciendo sobre los investigadores sociales.

En definitiva, estas reflexiones sobre nuestros trabajos de campo buscaron reponer y sistematizar algunas cuestiones a las que, como investigadores sociales, debemos estar atentos. ¿Qué se espera de nosotros en el campo?, ¿qué esperaríamos de nuestros interlocutores?, ¿cómo negociamos y renegociamos nuestros roles?, ¿cómo nos afectan las relaciones que vamos construyendo en el campo?, Y, más inquietante, ¿por qué sentimos que “metemos la pata”? Interrogantes legítimos que no solo contribuyen a una mejor comprensión de las personas que habitan los mundos sociales que investigamos, sino también de nosotros mismos como investigadores. Así, la reflexividad como ejercicio constante e ininterrumpido sobre nuestro trabajo, se vuelve una dimensión indispensable para mejorar nuestra comprensión del mundo social que indagamos.

Bibliografía

- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires: Manantial.
- Auyero, J. y Grimson, A. (1997). Se dice de mí. Notas sobre convivencias y confusiones entre etnógrafos y periodistas. *Apuntes de Investigación del Cecyp*, 1, 81-93.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frederic, S. (1998). Rehaciendo el campo. El lugar del etnógrafo entre el naturalismo y la reflexividad. *Publicar*, VI(7).
- Garriga Zucal, J. (2012). “Josecito... te van a cagar a piñas”. Miedo y sentido común en el trabajo de campo. *Estudios en Antropología Social - CAS/IDES*, 2(1).
- Gessaghi, V. (2014). Elogio de los imprevistos. Una experiencia etnográfica con la “clase alta”. *Ensamblés en sociedad, política y cultura*, 1(1).
- Guber, R. (2009). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento*

- social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, R. (2014). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas en campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Hang, J. (2015). “Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Reflexiones sobre la práctica etnográfica en torno al deporte. *Revista Impetus*, 9(1).
- Hennion, A. (2012). Melómanos: el gusto como performance. En C. Benzecry (Comp.), *Hacia una nueva sociología cultural. Mapas, dramas, actos y prácticas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Krotz, E. (1994). Alteridad y pregunta antropológica. *Alteridades*, 8, 5-11.
- Lins Ribeiro, G. (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de Antropología Social*, 2(1).
- Mauss, M. (2012). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Semán, P. (2011). Introducción. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, 4.